

LIBRO DÉCIMO

ARGUMENTO

Sabida la desobediencia del Hombre, abandonan los ángeles custodios el Paraíso, y vuelven al cielo para justificar su vigilancia, de la cual se muestra Dios satisfecho, declarando que no han podido evitar la entrada de Satanás en aquel lugar. Envía en seguida á su Hijo para que juzgue á los culpables, el cual lo verifica, y pronuncia la debida sentencia. Compadecido de ellos, cubre su desnudez, y asciende de nuevo al cielo. El Pecado y la Muerte, que hasta entónces habian permanecido á la puerta del infierno, presintiendo por una maravillosa simpatía el triunfo de Satanás en aquel mundo nuevo, y el pecado cometido por el Hombre, resuelven no estar más tiempo confinados en aquel lugar, sino seguir á Satanás, su señor, á la morada del Hombre; y para facilitar el tránsito desde el infierno al mundo, abren un ancho camino ó un elevado puente sobre el Cáos, segun el designio primeramente concebido por Satanás; y cuando se disponen á dirigirse á la tierra, se encuentran con él, que envanecido de su triunfo, vuelve al infierno. Congratúlase mutuamente. Llega Satanás al Pandemonio, y en plena asamblea refiere pomposamente el triunfo que ha conseguido sobre el Hombre; pero en vez de aplausos, oye sólo un silbido universal de su auditorio, convertido como él en serpientes, conforme á la sentencia dada en el Paraíso. Engañados por la apariencia del árbol prohibido que se ofrece á su vista, quieren todos ellos probar el fruto, y no comen más que polvo y amarga ceniza. Resolución que forman el Pecado y la Muerte. Dios predice la completa victoria de su Hijo, y la regeneracion de todas las cosas, pero ordena á sus ángeles que hagan algunas alteraciones en los cielos y en los elementos. Convencido Adán cada vez más de su degradada condicion, se lamenta tristemente, y rechaza los consuelos de Eva; mas ella insiste, y por fin logra tranquilizarle. Creyendo evitar la maldicion que ha de caer sobre su posteridad, propone varios medios violentos que desaprueba Adán, porque esperando en la promesa que se les habia hecho de que la raza humana se vengaria de la Serpiente, la exhorta á intentar por medio de la oracion y el arrepentimiento la reconciliacion con el Señor tan justamente ofendido.

Súpose al punto en el cielo el acto de ódio y desesperacion consumado por Satan en el Paraíso, y cómo, disfrazado de serpiente, habia seducido á Eva, y ésta á su marido, para comer el funesto fruto, pues ¿qué cosa puede ocultarse á la vigilancia de Dios, que lo vé todo, ni engañar su prevision, que á todo alcanza? Sábio y justo el Señor en cuanto dispone, no habia impedido á Satan que tentase el ánimo del Hombre, á quien dotó de suficiente fuerza y entera libertad para descubrir y rechazar las astucias de un enemigo ó de un falso amigo. Que bien conocian nuestros primeros padres, y no debieron olvidar jamás la suprema prohibicion de no tocar á aquel fruto, por más que á ello les incitaran, pues por desobedecer este mandato, incurrieron en tal pena (¿qué menor podian esperarla?); y su crimen, por suponer otros varios, bien merecia tan triste suerte.

Silenciosos y compadecidos del Hombre, se apresuraron á ascender desde el Paraíso al Cielo los ángeles custodios. De aquel suceso colegian lo desventurado que iba á ser, y se maravillaban de la sutileza de un enemigo que así les habia ocultado sus furtivos pasos.

Luego que tan funestas nuevas llegaron á las puertas del cielo desde la tierra, contristaron á cuantos las oyeron. Pintóse esta vez en los semblantes celestiales cierta sombría tristeza, que, mezclada con un sentimiento de piedad, no bastaba, sin embargo, á turbar su bienaventuranza. Rodearon los etéreos moradores á los recién llegados en innumerable multitud, para oír y saber todo lo acaecido: y ellos se dirigieron al punto hácia el supremo trono, como responsables del hecho, á fin de alegar justos descargos en favor de su extremada vigilancia, que fácilmente podian probar; cuando el omnipotente y eterno Padre, desde lo interior de su misteriosa nube, y entre truenos, hizo así resonar su voz:

«Ángeles aquí reunidos, y vosotros, Potestades que volveis de vuestra infructuosa mision, no os afijais ni turbeis por esas novedades de la tierra, que áun con el más sincero celo, no habeis podido precaver: ya os predije no há mucho tiempo lo que acaba de suceder, cuando por primera vez, salido del infierno, el Tentador atravesó el abismo. Entónces os anuncié que prevalecerian sus intentos; que en breve realizaria su odiosa empresa; que el Hombre seria seducido y se perderia, dando oídos á la lisonja, y crédito á la impostura contra su Hacedor. Ninguno de mis decretos han concurrido á la necesidad de su caída; no he comunicado el más leve impulso al albedrio de su voluntad, que siempre he dejado libre y puesta en el fiel de su balanza. Pero al fin ha caído. ¿Qué resta hacer más que dictar la mortal sentencia que su transgresion merece, la muerte á que queda sujeto desde este día? Presume que la amenaza será vana é ilusoria, porque no ha sentido ya el golpe inmediatamente como temia; pero en breve verá que el aplazamiento no es perdon, lo cual experimentará hoy mismo. No ha de quedar burlada mi justicia, como lo ha quedado mi bondad. Pero ¿á quién enviaré por juez? ¿Á quién, sino á ti, Hijo mio, que en mi lugar riges el universo, á ti que ejerces, trasmitido por mi, todo juicio en los cielos, en la tierra y en los infernos? Con esto se persuadirán de que procuro conciliar la misericordia con la justicia al enviarte á ti, amigo del Hombre, mediador suyo, designado para servirle de rescate y ser voluntariamente su Redentor, como estás destinado á convertirte en hombre y á ser juez de su humillacion.»

Así habló el Padre; é inclinando á la derecha el esplendor de su gloria, inundó al Hijo con los rayos de su clara divinidad. Él reflejó toda la refulgente majestad de su Padre y respondió con inefable dulzura de este modo:

«Eterno Padre: tuyo es el mandato, mío el obedecer tu suprema voluntad en el cielo como en la tierra, porque tú te complaces en mí, que soy siempre tu Hijo por extremo amado. Voy á juzgar en la tierra á los que te han desobedecido; pero tú sabes que cualquiera que sea la sentencia, sobre mí recaerá el mayor castigo cuando se hayan cumplido los tiempos; que ante ti me impuse este sacrificio, y no estoy arrepentido de él, porque así tendré el derecho de mitigar la pena, que ha de refluir en mí. Templaré de tal modo la justicia con la misericordia, que realzadas así una y otra, ambas queden satisfechas, y tú desagraviado. Y no he menester para esto de séquito ni aparato alguno: en este juicio sólo han de intervenir el juez y los dos culpables; el tercero está condenado por ausente con más rigor; está convicto de su crimen y de su rebeldía á todas las leyes; que en la serpiente no ha podido obrar convicción alguna.»

Pronunciadas estas palabras, se levantó de su radiante trono, con todo el esplendor de su gloria colateral, y rodeándole los Tronos, las Potestades, los Principados y las Dominaciones, le acompañaron hasta las celestiales puertas, desde donde se descubre la perspectiva del Eden y de sus confines todos. Rápidamente hizo su descenso, que no hay tiempo que mida la velocidad de los dioses, por más que vuele en alas de los más raudos minutos. Inclinandose á su ocaso, alejábese ya el sol del mediodía, y esparciábase por la tierra á su hora acostumbrada los blandos céfiros, anunciando la proximidad de la húmeda noche; cuando más tranquilo aún, en medio de su indignación, se acercaba el que como juez é intercesor á un tiempo iba á sentenciar al Hombre. Oyeron los culpables la voz de Dios, que al declinar de la tarde resonaba por el Paraiso llevada á sus oídos por el hálito de los vientos; oyéronla, y Hombre y Mujer huyeron de su presencia, ocultándose entre los árboles más sombríos; pero Dios se acercó, y llamó en alta voz á Adán.

«¿Dónde estás Adán, que no vienes alegre, como acostumbrabas á recibirme así que me veías de lejos? Me disgusta que te ausentes de aquí, y que te entregas en la soledad, cuando un solícito deber te hacia presentarte ántes sin ser buscado. ¿Vengo Yo con ménos esplendor? ¿Qué novedad te tiene ausente? ¿Qué causa tu detención? Ven al punto.»



OYERON LOS CULPABLES LA VOZ DE DIOS, Y HOMBRE Y MUGER HUYERON....

Presentóse, y Eva con él, pero más medrosa, á pesar de haber delinquido primero, y ambos confusos y desconcertados. No brillaba ya en sus miradas el amor ni para con Dios, ni el del uno al otro; no se revelaba en sus semblantes sino el crimen, la vergüenza, la turbacion, el despecho, la ira, la obstinacion, el ódio y la hipocresia. Pero al fin, despues de muchas vacilaciones, respondió Adan:

«Os vi en el jardín, pero atemorizado á vuestra voz, como estaba desnudo, me oculté.»

Y el divino Juez, sin reconvénirle, contestó: «Pues muchas veces has oido mi voz, que no te infundia temor, ántes bien te regocijaba. ¿Cómo es que ahora te causa espanto? ¡Que estás desnudo! Y ¿quién te lo ha hecho advertir? ¿Has comido acaso el fruto del árbol que te prohibi gustases?»

Á lo que, acosado de remordimientos, replicó Adan: «¡Oh cielo! ¡En qué trance tan penoso me veo hoy ante mi Juez! Ó echo sobre mi todo el delito, ó tengo que acusar á la que es como yo mismo, á la compañera de mi existencia, cuya falta, dado que no ha querido ofenderme á mi, debiera yo encubrir, y no dar lugar con mis quejas á su castigo. Pero no puedo ménos de sucumbir á la dura necesidad, á un imperioso deber, para que no recaigan en mí el pecado y la pena á un tiempo, que para mi solo, serian insoportables. Ni ¿de qué me serviría obrar de otro modo, si está patente á tus ojos cuanto tratara yo de ocultarte? Esta mujer, á quien tú creaste para descanso mio, que me concediste como el más completo de tus dones, tan buena, tan hermosa, tan encantadora, tan divina, de quien yo no recelaba mal alguno, que en cuanto hacia parecia llevar la justificacion de su proceder, me dió á comer del fruto vedado, y comí.»

Y el Supremo Señor repuso: «¿Era tu Dios, para que asi la obedecieses ántes que á mí? ¿Fué creada para ser tu guía, ni superior, ni aún igual á ti, que asi has abdicado en ella de tu dignidad de hombre, y de la superioridad que respecto á ella debias tener? De ti la formó Dios y para ti, que realmente la aventajas en todo género de excelencias y perfecciones; porque si bien está adornada de belleza y encantos que la hacen amable y digna de tu amor, no por eso habia de avasallarte; que sus cualidades son para obedecer, no para ejercer el mando. Este á ti te correspondia, si tú hubieras sabido conducirte.»

Y en seguida se volvió á Eva sólo para preguntarla: «Y tú, dime, mujer, ¿qué has hecho?»